

**EL TRIANGULO DEL DESARROLLO ECONÓMICO:  
CRECIMIENTO, DESIGUALDAD Y POBREZA**

**Alfonso Novales Cinca  
Universidad Complutense**

**25 de Mayo de 2011**

## Resumen

La política económica de un país se establece en torno a la tasa de crecimiento del PIB. Pero existen asimismo importantes instituciones económicas internacionales que tienen como objetivo básico el desarrollo de los países: reducción de la desigualdad y eliminación de la pobreza. Este artículo evalúa la literatura existente acerca de la relación entre crecimiento, desigualdad y pobreza. La evidencia empírica disponible sugiere que el crecimiento tiene efectos distintos dependiendo de las características socioeconómicas e institucionales de cada país, pero no hay una pauta claramente definida, ni siquiera en cuanto a signo. Por el contrario, una mayor desigualdad dificulta el crecimiento, a la vez que reduce la capacidad del crecimiento económico de reducir la pobreza. La política más eficaz para luchar contra la pobreza es el crecimiento económico, acompañado de políticas que permitan a los menos favorecidos el acceso al crédito y, con ello, a la acumulación de capital físico y humano, y al inicio de actividades productivas.

### 1. Introducción

La Teoría Económica nos enseña cómo diseñar una política económica óptima de acuerdo con un objetivo previamente escogido. Para ello el objetivo debe ser definido con precisión, pues la política que es óptima para lograr un determinado objetivo no lo será para un objetivo distinto. Mediante la utilización de modelos analíticos ajustados al país objeto de estudio, el papel de la Teoría Económica, consiste en evaluar el potencial impacto que sobre el objetivo tendría cada instrumento disponible, caracterizar las interacciones entre instrumentos, y utilizando esta información, seleccionar la intervención necesaria sobre los instrumentos más adecuados. Pero ¿cuál debe ser el objetivo elegido para la política económica? ¿Maximizar el crecimiento? ¿Maximizar el bienestar de un ciudadano representativo? ¿Reducir la desigualdad? ¿Eliminar la pobreza? Es fijando un criterio u otro cuando la Economía, a través de la Política Económica establece un fundamento normativo.

El objetivo habitualmente escogido para la política macroeconómica es el crecimiento sostenido del Producto Interior Bruto durante un determinado período, quizá porque se entiende que ésta es una buena manera de maximizar el bienestar de los ciudadanos. Por otro lado, existen instituciones económicas internacionales cuyo objetivo fundamental es la lucha contra la pobreza o, en términos más generales, el

desarrollo económico de los países. Parecería que se trata de una actitud diferente respecto de lo que la política económica puede hacer. ¿En qué medida ambos enfoques pueden lograr un mismo objetivo? ¿Son complementarios los dos enfoques o son antagónicos?

De hecho, el crecimiento del PIB proporciona una indicación muy incompleta de lo que sucede con todo el país, al ignorar el modo en que la renta generada se distribuye entre la población. Si la renta crece en la misma proporción para todos los ciudadanos, su distribución no variará y, con ello, el nivel de desigualdad permanecerá inalterado. Pero, generalmente, esto no sucede, y el crecimiento económico alterará la distribución de la renta aumentando o disminuyendo el número de personas que viven en la situación definida como de "pobreza". Es decir, el crecimiento alterará, favorable o desfavorablemente la desigualdad en la distribución de la renta y ello tendrá un impacto sobre la incidencia de la pobreza. Existe, por tanto, una relación entre crecimiento, desigualdad y pobreza que voy a tratar en este artículo. Sin olvidar que un incremento en desigualdad puede, a su vez, reducir el crecimiento por lo que, al analizar relación entre crecimiento y desigualdad, deben considerarse ambas direcciones de causalidad.

Por tanto, la desigualdad tendrá, generalmente, una incidencia directa sobre la pobreza, pero también un efecto indirecto, al matizar la capacidad del crecimiento para reducir la pobreza. Desde la óptica de la economía del desarrollo, la eliminación de la pobreza es un objetivo básico, y el debate se centra acerca de si los esfuerzos deben concentrarse en estimular el crecimiento, reducir la desigualdad o, luchar directamente contra la pobreza. En este debate, entender los condicionantes de las interrelaciones entre los tres conceptos es básico.

Antes de comenzar, conviene recordar que la desigualdad puede concretarse en la comparación entre los ingresos (o el consumo) que percibe el extremo superior de la distribución (por ejemplo, el 10% de la población con mayores ingresos) frente a su extremo inferior (el 10% con menores ingresos), o en indicadores como el índice de Gini, o el índice de Atkinson, que no expondré aquí. En cuanto a pobreza, podemos hablar de pobreza absoluta, refiriéndonos al número de individuos cuya renta es

inferior a un cierto umbral conocido como “línea de pobreza”, (habitualmente 1\$ o 2\$ por día en los análisis del Banco Mundial), o en términos relativos, si nos referimos al número de personas que en un país tiene renta inferior a un umbral específico de dicho país, como pueda ser la mitad de la renta mediana. Existe una natural preocupación por la pobreza absoluta, pero no tanto por la carencia relativa de medios, que está quizá más estrechamente relacionada con la desigualdad, y que sin duda afecta al bienestar. Medidas más completas examinarían la “brecha de pobreza” (poverty gap), que tiene en cuenta no sólo la proporción de pobres, sino el grado en que lo son, es decir, la intensidad de la pobreza. Por último, puede también argumentarse que la pobreza debería medirse en términos de outputs, como la mortalidad infantil o las tasas de escolarización, en vez de un input como la renta, aunque también puede pensarse que la renta es el medio de satisfacer otras necesidades. Por supuesto, el modo en que midamos pobreza y desigualdad puede condicionar los resultados empíricos obtenidos al tratar de caracterizar las relaciones entre los tres conceptos que nos ocupan.

## **2. Desigualdad: concepto, medidas y situación**

Comencemos considerando la relación entre crecimiento económico y desigualdad. Podemos estar interesados en el nivel de desigualdad dentro de un determinado país, que compara la renta entre individuos o grupos de ellos, una vez ordenados por su nivel de renta, o agregar los niveles de desigualdad de los distintos países en una única medida global. Pero agregar las desigualdades nacionales en una única medida de desigualdad a nivel mundial presenta algunas dificultades, pues la desigualdad global no es un agregado de la desigualdad dentro de cada país, sino que tiene un componente de desigualdad entre países. Una medida de desigualdad global puede obtenerse calculando a) la desigualdad *entre países*, que examina las diferencias en renta per cápita tomando cada país como la unidad de observación, y suponiendo que todos los ciudadanos de cada país tienen la misma renta, b) la llamada *desigualdad internacional*, que se obtiene ponderando la renta media de cada país por su población, o c) el nivel de desigualdad global, entre todos los ciudadanos del mundo,

que combinaría las encuestas realizadas en los distintos países, a tipos de cambio apropiados, en una única distribución mundial con la que calcular un índice de desigualdad.

El primer estudio sobre desigualdad global es reciente: Bourguignon y Morrison (2002) construyeron una serie temporal de desigualdad mundial desde 1820 a 1992, mostrando que la desigualdad mundial aumentó casi continuamente desde el inicio de la revolución industrial hasta la primera Guerra Mundial, Con un aumento en el índice de Gini desde 0,50 a 0,61. En el período que se menciona posteriormente, el índice Gini se elevó hasta 0,64 siendo el aumento de la desigualdad entre países el principal determinante. En el período entre guerras, y hasta 1950, descendió la desigualdad dentro de cada país, pero continuó aumentando con fuerza la desigualdad entre países. A partir de mitad del siglo XX, la desigualdad entre países continuó creciendo debido al lento crecimiento de la mayoría de los países pobres y pequeños, en relación con los países de renta media y con los más ricos. La desigualdad internacional se redujo muy significativamente al experimentar Japón y zonas de Asia Oriental y, muy en particular, China en los años 80, un crecimiento elevado, superior al de EEUU y Europa, pero la mayor contribución de la desigualdad interna de cada país impidió que se reflejase en una menor desigualdad global. Hacia el final del período analizado, 1992, el aumento en desigualdad global se aminoró, pasando a decrecer, no observándose tendencias claras en desigualdad global durante las últimas dos décadas (1990s y 2000s).

Las economías desarrolladas, de renta alta (incluyendo la OCDE), Europa del Este y Asia Central presentan las medidas de desigualdad más reducidas, mientras que Africa sub-Sahariana (SSA), especialmente elevada, Latinoamérica y el Caribe (LAC) presentan las más elevadas. Ningún país se ha desarrollado más allá del status de renta media manteniendo un alto nivel de desigualdad en renta o en consumo. La desigualdad extrema es un fenómeno de economías en desarrollo, si bien existen niveles de desigualdad apreciables en economías desarrolladas, en las que no hay una asociación clara entre mayor nivel de renta per cápita y menor desigualdad.

### 3. Crecimiento y desigualdad

Pero ¿debe preocuparnos la desigualdad desde la óptica de la política macroeconómica? Por un lado, ya que el crecimiento se postula frecuentemente como la mejor herramienta para reducir la pobreza (cuestión que analizaremos más adelante) es importante saber en qué medida la desigualdad puede dificultar el crecimiento y, con ello, la lucha contra la pobreza. En la otra dirección de causalidad, cabe preguntarse si al impulsar un mayor crecimiento no se generará asimismo una mayor desigualdad, limitando así el potencial impacto reductor del crecimiento sobre la pobreza. Analicemos estas cuestiones.

Existen diversos canales por los que el crecimiento económico puede influir sobre la distribución de la renta y el bienestar. Hasta no hace mucho, la hipótesis de Kuznets (1955) y Lewis (1954) era la ley más conocida acerca de los efectos del crecimiento sobre la desigualdad de la renta: en las fases iniciales de desarrollo se produce un trasvase de trabajadores desde sectores de baja productividad y baja desigualdad a sectores de alta productividad y desigualdad media, conduciendo a un aumento de desigualdad. Este proceso se produce hasta alcanzar un cierto nivel de desarrollo, a partir del cual incrementos adicionales de renta reducen la desigualdad. Se tendría entonces una curva de U-invertida como representación del nivel de desigualdad en función del crecimiento.

Los estudios iniciales de Kuznets sobre UK, Alemania y EEUU, los únicos países con series de datos históricos suficientemente largas, así como algunos trabajos inmediatamente posteriores, fueron consistentes con la existencia de una curva en forma de U invertida en países con distinto nivel de desarrollo. Pero según fueron apareciendo nuevas bases de datos, se encontró que dicha hipótesis, si bien bastante corroborada en análisis transversal en los años 70 y principios de los 80, no parece recoger la evolución de la desigualdad con posterioridad. La relativa estabilidad de los niveles de desigualdad observada en el tiempo, a pesar de que las rentas han crecido significativamente durante los últimos 40 años, es claramente contraria a la hipótesis de Kuznets.

Una versión dinámica de la hipótesis de Kuznets afirmaría que períodos de rápido crecimiento vienen seguidos de períodos de mayor desigualdad, con independencia del nivel de renta inicial: “los ricos se hacen más ricos, y los pobres más pobres” pero, empíricamente, los períodos de crecimiento rápido parecen venir asociados tan frecuentemente con incrementos como con descensos en desigualdad [Deininger y Squire (1997)].

Ravallion y Chen (1997) documentaron una correlación negativa entre crecimiento económico y desigualdad. Añadiendo una interpretación causal, este interesante resultado podría sugerir que el crecimiento reduce la desigualdad; lamentablemente, la evidencia desaparece al eliminar de la muestra países de Europa del Este y Asia Central. Además, esta relación transversal en una muestra de países, no implica nada acerca de la relación que se experimente en una economía según se desarrolla.

Los análisis empíricos disponibles hacen que la visión actual de la hipótesis de Kuznets sea de bastante escepticismo, tanto si se considera la posible existencia de una curva U invertida en la versión en niveles entre desigualdad y renta per cápita como en sus tasas de variación. Esto no significa que el crecimiento no incide sobre la desigualdad, sino que tales efectos son específicos de cada país, y los estudios de casos así lo sugieren: los cambios en la distribución tienen mucho que ver con la velocidad y con los aspectos estructurales del crecimiento económico; la demografía, la escolarización, la tasa de natalidad, tienden a reducir la desigualdad y ello puede compensar el incremento que pudiera derivarse de un mayor crecimiento [Bourguignon, Ferreira and Lustig (2005), Bourguignon (1998)].

La especificidad de efectos sugiere que hay mucho lugar para políticas intervencionistas que condicionen los efectos redistributivos del crecimiento [Rodrik (2003)]. Si existen diversos canales a través de los cuales el crecimiento afecta a la distribución de la renta, quizá es posible afectar a la importancia relativa de cada uno de ellos mediante las políticas adecuadas, aminorando las potencialmente negativas consecuencias del crecimiento.

Pero la conclusión básica es que si el objetivo último es la lucha contra la desigualdad, el crecimiento económico no es necesariamente el problema. Dicho de

otro modo, las políticas en busca del crecimiento económico no son necesariamente políticas que producen inequidad.

Veamos ahora la dirección de causalidad opuesta: ¿En qué medida condiciona el nivel de desigualdad el crecimiento económico? ¿Crecen más los países más igualitarios y crecen menos los países más desiguales? La pregunta es muy relevante desde la óptica de la lucha contra la pobreza mediante el crecimiento económico, pues si el crecimiento económico beneficia a los más pobres, entonces, deberíamos concentrar nuestra atención en los factores que estimulan el crecimiento tanto desde una óptica de equidad, como desde una perspectiva de desarrollo económico.

Las investigaciones disponibles parecen confirmar que existe, en efecto, una relación negativa entre el nivel de desigualdad inicial de renta y el crecimiento subsiguiente, aunque es una relación débil. Más claro es el efecto negativo que sobre el crecimiento posterior tiene en economías en desarrollo la desigualdad en la distribución de activos como el suelo productivo, pero ¿cuáles son los mecanismos por los cuales una distribución inicialmente desigual de renta o de activos afecta al crecimiento posterior?

Una explicación se basa en argumentos de economía política. El crecimiento está determinado por la acumulación de distintos tipos de capital y del conocimiento preciso para la producción. Los incentivos para ello descansan en la capacidad de los ciudadanos de apropiarse privadamente del fruto de su esfuerzo lo cual depende, a su vez, de las políticas impositivas y regulatorias. Si los conflictos distributivos son importantes, ello conducirá a políticas menos propensas a la apropiación privada, que no protegen los derechos de propiedad, implicando menos acumulación y menor crecimiento. Pero el crecimiento depende también de las instituciones políticas, puesto que es a través del proceso político como los intereses conflictivos se agregan en decisiones de política pública.

Otros autores (Bertola 1993) han apelado a la capacidad de los grupos más ricos para hacer lobby proponiendo políticas que les benefician, pero que pueden ser dañinas para el resto de la economía y para el crecimiento. Para Alesina y Perotti (1996) la desigualdad conduce a una mayor inestabilidad política, lo que puede conducir a niveles de inversión subóptimos. Adicionalmente, los niveles de violencia,

generalmente más elevados en sociedades más desiguales (Latinamérica, África sub-Sahariana) y en regiones de rápido crecimiento (Europa del Este, Asia Central, Rusia) constituyen una carga social y económica que puede frenar el crecimiento, tanto por los recursos necesarios para su eliminación, como por la incertidumbre que generan acerca del respeto a los derechos de propiedad, entre otros aspectos. Otro posible mecanismo es puramente político: cuando el derecho a voto se extiende a la mayoría de la población, es el votante mediano quien decide la cuantía de una posible redistribución, lo cual determina directa o indirectamente la tasa de crecimiento de la economía. Sin embargo, la consecuencia de impuestos más altos e inversión más baja en países democráticos (aunque no en los no democráticos) con mayor desigualdad de renta, no viene corroborado por los datos

Un segundo canal lo constituyen las imperfecciones en los mercados de capitales: los individuos pobres no tienen las mismas oportunidades que los ricos, porque no pueden permitirse los niveles de educación de las familias ricas, o porque no pueden acceder a los créditos que precisan para comenzar sus negocios, o el seguro que permitiese cubrir las posibles contingencias de una posible actividad productiva. La imperfección puede venir en la forma de una brecha de costes de acceso al crédito, o de exigencias de colateral. En consecuencia, la asimetría informativa característica de los mercados financieros hace que los países con alta pobreza absoluta infrautilicen su potencial productivo y de crecimiento (inversión productiva, educación básica) respecto de los países con menos pobres o con una distribución de renta más igualitaria pues préstamos que serían buenos no son concedidos, y los solicitantes continúan siendo más pobres de lo que podrían ser si el mercado de crédito hubiese funcionado correctamente. Este mecanismo no explica cómo se origina la desigualdad inicial, pero explica que la “poverty trap” pueda persistir durante mucho tiempo, generando ineficiencias en producción y ralentizando el crecimiento, aunque la misma economía crecería más rápido si fuese factible redistribuir riqueza sin mucho coste. Por el contrario, en ausencia de tales imperfecciones, los ciudadanos ahorran y eventualmente se liberan de la restricción financiera, porque alcanzan suficiente colateral para convertirse en empresarios o para enviar a sus hijos al colegio o la Universidad.

La conclusión es que los factores identificados como determinantes de la desigualdad cambian muy lentamente en cada país y son muy distintos entre países. La visión actual es que la desigualdad no es un resultado último del crecimiento económico, pero condiciona su naturaleza y su intensidad.

#### **4. Crecimiento y pobreza**

Por último, consideremos la capacidad que el crecimiento económico tiene para reducir la incidencia de la reductora de la pobreza. A partir de 560 encuestas procedentes de 100 países Chen y Ravallion (2007) analizan tendencias en pobreza a largo plazo, mostrando una clara evidencia de descenso en pobreza absoluta en las economías en desarrollo durante el último cuarto de siglo XX, desde un 40% de la población en 1981 al 18% en 2004. A nivel de toda la población mundial, la incidencia de la pobreza absoluta descendió en veinte puntos, del 34% al 15%, aunque la drástica reducción de la pobreza en China en este período, del 63% al 10%, explica la mitad del descenso global. El progreso no ha estado exento de heterogeneidad: la pobreza aumentó en Europa del Este y Asia Oriental durante la transición del socialismo a la economía de mercado. En el Africa sub-Sahariana, un descenso muy ligero de la incidencia de la pobreza, junto con un aumento de la población, hace que el número de hogares viviendo por debajo de la línea de 1\$ por día haya aumentado. También aumentó el número de pobres en Europa del Este y Asia Central y en Latinoamérica, en esta última debido al estancamiento económico y a la persistente desigualdad. El número de pobres descendió en el período citado de 1.470 millones de personas a 970 millones. En 2004, las economías en desarrollo, de modo agregado, estaban a tan sólo 4 puntos porcentuales de cumplir el primero de los objetivos del milenio.

En 1970, 1.400 millones de personas, casi un 40% de la población, vivía bajo dicha línea de pobreza de 1\$/día; en 1990, la tasa de pobreza se había reducido al 26%, pero debido al crecimiento poblacional, el número de pobres era el mismo. En el año 2000<sup>1</sup> la población mundial excedía de 6 mil millones de personas. Ese año, el 20% más rico recibía el 74% de la renta mundial, y el 2% más rico de la población mundial poseía la mitad de la riqueza mundial, mientras que el 20% más pobre recibía únicamente el 2% de la renta. El Producto Interior Bruto de las 48 naciones más pobres, una cuarta parte de los países del mundo) es menor que la riqueza de las tres personas más ricas.

Una de cada 5 personas, 1.200 millones, vivían con menos de 1\$/día. De estos, 480 millones en Asia oriental (un 20% de la población), 330 en el Sur de Asia (23% de la población), 420 millones en África (2/3 de su población), 40 millones (un 8% de sus 520 millones) en Latinoamérica y 10 millones (un 2%) en Europa del Este. La mitad de la población mundial, casi 3 mil millones de personas, vivía con menos de 2\$ por día. En la OCDE, con 1.300 millones de personas, no había incidencia de pobreza absoluta. Uno de los denominados Objetivos del Milenio, reducir el porcentaje de pobres a 13% en 2015, se cumplirá por el rápido progreso de Asia, pero bajo las tendencias actuales, África y Latinoamérica no cumplirán el objetivo.

Al contrario que sucede con la desigualdad, la incidencia de la pobreza absoluta mantiene una estrecha relación con la renta media, con una correlación de -0,57 entre el porcentaje de pobres (con renta inferior a 1\$/día) y el PIB per cápita, si bien la pobreza absoluta desaparece en países por encima de 15.000 US\$ de renta per cápita. Pero existe mucha heterogeneidad en la incidencia de la pobreza en países de renta baja, aparentemente en función de su nivel de desigualdad.

La renta media está matemáticamente relacionada con las medidas de pobreza y desigualdad, lo que permite descomponer el cambio en pobreza, en un efecto del crecimiento de la renta y el cambio producido en la renta *relativa*, es decir, en la distribución de la renta. Dicha relación garantiza, bajo desigualdad constante, que el

---

<sup>1</sup> Human Development Trends, 2005, UNDP, <http://www.gapminder.org/downloads/human-development-trends-2005/>

crecimiento de la renta media reducirá la incidencia de la pobreza; pero los posibles cambios que puedan producirse en la distribución de la renta durante el proceso de crecimiento, a los que antes hice referencia, acentuarán o debilitarán la capacidad del crecimiento para reducir la pobreza.

A pesar de ello, existe clara evidencia empírica acerca de que un crecimiento económico más rápido viene asociado a una mayor reducción de la pobreza. De hecho, es difícil encontrar países en los que la pobreza y la renta per cápita han crecido o decrecido simultáneamente durante periodos amplios de tiempo. ¿Pero qué grado de reducción de pobreza puede esperarse mediante un impulso al crecimiento? Si es razonablemente elevada, entonces estrategias de reducción de la pobreza que descansen casi exclusivamente en el crecimiento económico pueden estar justificadas. Si es baja, sin embargo, una estrategia ambiciosa de reducción de la pobreza debería combinar crecimiento económico con algún tipo de distribución. Las estimaciones disponibles sugieren que un 1% de incremento en renta o en el gasto en consumo en la población total reduce la proporción de personas viviendo por debajo de dicho umbral entre un 2% y un 3% [Bourguignon (2003)]. Pero existe mucha heterogeneidad: unos países experimentan rachas de crecimiento elevado sin apenas reducción de pobreza, mientras otros han conseguido descensos en pobreza con un crecimiento limitado.

Entender las causas de dicha heterogeneidad es evidentemente crucial para el diseño de estrategias de reducción de la pobreza. La intensidad de la relación entre crecimiento y reducción de pobreza no es simple, depende del modo en que se mida la pobreza, y no es igual para todos los países. La capacidad de reducir la pobreza parece ser menor cuanto mayor sea la renta per cápita del país, y también cuanto mayor sea el nivel inicial de desigualdad en la distribución de la renta. Depende asimismo de los cambios en desigualdad, es decir, del modo en que la renta que se genera con el mayor crecimiento se distribuye entre la población. Si el crecimiento genera desigualdad, entonces el efecto total del crecimiento sobre la pobreza será menor que el efecto parcial, que supone constante la distribución.

## **5. ¿Qué implicaciones tienen estos resultados para el análisis de política macroeconómica?**

Que no exista evidencia acerca de que un mayor crecimiento económico genera necesariamente mayor desigualdad no significa que el diseño de la política económica en países en desarrollo pueda ignorar la desigualdad, tanto porque ésta es éticamente cuestionable, como porque, como he comentado, puede generar ineficiencias que reduzcan el potencial de crecimiento futuro, y porque tiende a reducir el impacto del crecimiento sobre la reducción de la pobreza [Voitchovsky, (2008)]. De hecho, algunas políticas de redistribución de la renta pueden ser eficaces en la reducción de la pobreza, tanto porque reducen la pobreza directamente, como porque incrementan el impacto que el crecimiento tiene sobre la reducción de la pobreza.

Las relaciones entre crecimiento, desigualdad y pobreza que he expuesto podrían sugerir la búsqueda de instrumentos que garantizaran que el crecimiento sea favorable a los pobres pues, de este modo, podríamos tener crecimiento, menor desigualdad y una aceleración en la reducción de la pobreza. Sin embargo, las implicaciones son algo más sutiles, pues es la redistribución de riqueza, no de la renta o del gasto en consumo quien puede tener estos efectos. De hecho, transferencias de renta no finalistas pueden tener un efecto negativo sobre el crecimiento, al reducir la rentabilidad del capital físico y humano y desincentivar el ahorro y la inversión. Por el contrario, la redistribución de riqueza de ricos a pobres puede ser positiva, al corregir las imperfecciones de mercado de capitales que afectan a la inversión, reduciendo tipos impositivos, o liberando otros mecanismos redistributivos de la renta. Una desigual distribución de activos, entendidos en sentido amplio, aún más que la renta, puede ser un obstáculo al crecimiento rápido, por lo que políticas redistributivas que faciliten el acceso de los ciudadanos a los mercados de crédito y, con ello, a sus posibilidades de invertir, pueden contribuir a estimular el crecimiento.

Pero es dudoso que tal redistribución sea sencilla o que pueda llevarse a cabo sin coste, por lo que raramente es una opción política, como ejemplifican los episodios conocidos de reforma agraria (propiedad de tierra productiva). Actualmente, más que una redistribución autoritaria, se opta por comprar propiedad a grandes terratenientes

y otorgar subsidios para su adquisición a campesinos pobres, financiados mediante impuestos a toda la población. Es una mezcla de transferencia de riqueza y de renta, con claros efectos distorsionantes, que generan una compensación de efectos positivos y negativos sobre el crecimiento, que será globalmente satisfactoria si el efecto sobre la acumulación de riqueza es relativamente importante [ver World Bank (2003): World Development Report (2004)].

Pero, aunque las políticas redistributivas pueden beneficiar a los pobres directa e indirectamente, lo harán solo si la redistribución no dificulta la inversión. Esto puede explicar que en el pasado, algunas políticas redistributivas hayan fracasado a menudo en el pasado en su intento de beneficiar a los más pobres. En definitiva, si un país quiere poner en práctica una política redistributiva, su capacidad para diseñar mecanismos que simultáneamente mantengan o incrementen los incentivos a la inversión pueden determinar que tales políticas sean eficaces en la reducción de la pobreza.

Otro mecanismo que favorece la acumulación de activos es la concesión de seguros frente a fluctuaciones de renta, que en una situación económica desfavorable eviten la necesidad de desahorrar o sacar a los hijos de la escuela para hacerles trabajar, y permita asumir oportunidades productivas de autoempleo. Desde hace unos años viene creciendo asimismo la importancia de las llamadas *transferencias inteligentes* de renta (“smart transfers”) que incluyen algún elemento de condicionalidad, como el compromiso de asistencia de los niños a la escuela o las visitas al médico; son puras transferencias de renta para las familias que hubiesen cumplido las condiciones en todo caso, pero inducen una mayor acumulación de capital humano en aquellas que no lo habrían hecho, siempre que la oferta de servicios educativos y sanitarios aumente con su mayor demanda. Existen actualmente diversos programas en funcionamiento, con cierta evidencia acerca de su efectividad en incrementar la asistencia escolar o la calidad de la salud.

Una rápida eliminación de la pobreza absoluta, bajo todas sus formas, es un objetivo básico del desarrollo. Pero el reto no estriba en analizar la relación entre crecimiento y pobreza, por un lado, y entre pobreza y desigualdad, por otro, que son aritméticas, sino la relación que existe entre crecimiento y distribución, y en entender

los determinantes del signo y la intensidad de dicha relación. La eliminación de la pobreza requiere aplicar una combinación de políticas de crecimiento económico y de distribución prestando atención a los costes relativos de cada una de ellas, sin olvidar que los niveles iniciales de desarrollo y desigualdad influyen sobre el resultado de tales políticas. Si, como sugiere la evidencia disponible, un elevado nivel de desigualdad dificulta la lucha contra la pobreza, la reducción de la desigualdad genera un “*doble dividendo*”, puesto que una política redistributiva acelera el crecimiento y también la intensidad con la que el crecimiento reduce la pobreza.

En relación con la pregunta que formulábamos al inicio de este trabajo, la búsqueda del crecimiento debe ser en economías en desarrollo el elemento prioritario de la política económica, complementado con políticas que faciliten el acceso de los menos favorecidos a los mercados de crédito y a la adquisición de activos productivos, incluyendo el capital humano. Es decir, el crecimiento económico es el objetivo razonable, complementado con políticas redistributivas adecuadamente definidas. En economías desarrolladas, la incidencia de la pobreza absoluta es mínima, pero no así la pobreza relativa. El crecimiento económico es un objetivo razonable, pero asimismo importante es eliminar la desigualdad en sus principales facetas posibilitando para todos los ciudadanos: el acceso a las mismas posibilidades educativas, el acceso al crédito que permita desarrollar iniciativas empresariales y de estudios, y la igualdad en el tratamiento por parte de la Administración y en el acceso a todos los servicios públicos.

## Bibliografía

Alesina, A., y R. Perotti (1996), "Income distribution, political instability, and investment", *European Economic Review*, 40(6), 1203-1228.

Bertola, G. (1993), "Factor shares and savings in endogenous growth", *American Economic Review*, 83, 1184-98

Bourguignon, F., (1998). "Équité et croissance économique: une nouvelle analyse?" *Revue Française d'Économie*, vol. XIII-3, été: 25-84;

Bourguignon, F., (2003), "The growth elasticity of poverty reduction", en *Inequality and Growth: Theory and policy implications*, editado por T. Eicher y S. J. Turnovsky

Bourguignon, F., y C. Morrison (2002), "Inequality among world citizens: 1820-1992", *American Economic Review*, 92(4): 727-44.

Bourguignon F., F. Ferreira y N. Lustig (2005). *The Microeconomics of Income Distribution Dynamics in East Asia and Latin America*. Washington, DC: The World Bank.

Chen, S. and M. Ravallion (2007). 'Absolute Poverty Measures for the Developing World, 1981-2004'. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 104/43: 16757-62.

Deininger, K., y L. Squire, (1997) *Economic Growth and Income Inequality: Reexamining the Links Finance and Development*, March 1997.

Ferreira, F. y M. Ravallion, (2008) *Global Poverty and Inequality: A Review of the Evidence*, The World Bank Development Research Group Poverty Team, May 2008, WPS4623

Kuznets, S. (1955), "Economic growth and income inequality", *American Economic Review*, 45: 1-28

Lewis, W.A. (1954), "Economic development with unlimited supplies of labour", *Manchester School of Economic and Social Studies*, 22(2) 139-91

Ravallion, M. y S. Chen (1997). 'What Can New Survey Data Tell Us about Recent Changes in Distribution and Poverty?' *World Bank Economic Review*, 11/2: 357-82.

Rodrik, D., (2003). *Growth Strategies* (prepared for the Handbook of Economic Growth). <http://ksghome.harvard.edu/~drodrik.academic.ksg/growthstrat10.pdf>

Voitchovsky, S. (2008): "Inequality, Growth and Sectoral Change", Chapter 22 in Nolan, Salverda and Smeeding (eds.), *Oxford Handbook of Economic Inequality*.

World Bank (2003): *World Development Report (2004)*